

Los fundamentos vitales de la patria en *La cautiva* de Esteban Echeverría

Mariela Valcarcel

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

mdebouvry@yahoo.com.ar

Resumen

Este texto intenta una lectura de las metáforas de la vida en el poema *La cautiva* de Esteban Echeverría con miras a examinar el recorte estético-literario de los discursos científicos, políticos y jurídicos del siglo XIX.

En sus lecturas del Salón Literario en 1837, Echeverría repite una metáfora que es ya una apuesta por el fundamento racional de un país: “la creación de la vida”. De tal manera sonaban y trabajaban los discursos de la Generación del 37 que no hay metáfora más operativa en la época que *vida*: una *imaginación política de la vida* anima el crecimiento de una forma de civilización ahí donde civilización se alinea con los conceptos de belleza, razón y vida.

Si el pueblo manifiesta sus elementos naturales, las leyes no definen las marcas jurídicas sobre un cuerpo, porque el jurista no escribe las leyes, sólo traduce la imagen de la “armonía viva del organismo social” (Alberdi). Pero, ¿cuál es “esta lengua de las imágenes” sino la que resulta de la composición retórica de “organismos vivos”, “teorías de la vida de un pueblo” y “fenómenos” naturales?

Es precisamente en esa trama de imágenes de la “lucha por la vida” donde se organiza la escritura de leyes del organismo social, en una *poética de la forma como organismo vital* donde queda obliterado el proceso de la organización política y económica de los cuerpos biológicos y estéticos de una nación.

Palabras clave

Biopolítica, retórica, vitalismo, derecho.

Se quieren hacer historias de la biología en el siglo XVIII, pero no se advierte que la biología no existía [...]. Y si la biología era desconocida, lo era por una razón muy sencilla: la vida misma no existía.

MICHEL FOUCAULT (2002: 128)

La “armonía viva” del organismo

En una de sus *Lecturas* pronunciadas en el Salón Literario en 1837, Echeverría repite una metáfora que es ya una apuesta por el *fundamento racional* de un país, la creación de la vida:

Todas las doctrinas, todos los sistemas y opiniones tienen, si se quiere, partidarios hábiles en nuestra sociedad; pero coexisten en el caos los primitivos elementos de la creación; y así permanecerán en lucha hasta que resuene el *fiat* omnipotente y generador, hasta que aparezca el *genio*

destinado por la Providencia a enfrentarlos y a infundirles vida nacional y americana. (Echeverría 1981: 256; las cursivas están en el texto)

Este discurso profético *figura* un pensamiento político que parte del caos a la *creación organizada*: hay un plan que preexiste en el caos y que desplegará sus formas en la creación cuando el *genio* les infunda “vida”, ese *soplo o fuerza vital* que se confunde en estos autores del 37 con la solución del enigma americano o *el hilo que unirá los hechos* de Sarmiento, o el “espíritu de las leyes”, es decir la razón, “una y eterna como el sol”, de Alberdi (Alberdi 1998: 4).

En 1845 escribe Sarmiento en *Facundo*: “Los hechos están ahí consignados, clasificados, probados; fáltales, empero, el hilo que ha de ligarlos, *el soplo de vida* que ha de hacerlos enderezarse todos a un tiempo a la vista del espectador y convertirlos en *cuadro vivo*” (Sarmiento 2005: 28, las cursivas son mías). Más prosaico, pero no menos romántico, Alberdi señala en su *Fragmento preliminar al estudio del derecho* que no concibe el derecho como una “colección de leyes escritas” sino como un

fenómeno vivo que era menester estudiar en la economía orgánica del Estado [...] Saber, pues, leyes, no es saber derecho; porque las leyes no son más que la *imagen imperfecta* y frecuentemente desleal del derecho que *vive en la armonía viva del organismo social*. (Alberdi 1998: 3-4, las cursivas son mías)

De tal manera sonaban y trabajaban los discursos de la Generación del 37 que no hay metáfora más operativa en la época que *vida*. Es precisamente en esa trama que *organizaba* la escritura de las leyes (en esa tarea de traducción de las esencias jurídicas que la naturaleza de un pueblo *manifestaba*) donde queda obliterado el proceso de la *organización* política y económica de los cuerpos biológicos y estéticos de una nación.

Es decir, si el pueblo *manifiesta* sus elementos, las “leyes” no definen las marcas jurídicas sobre un cuerpo, porque el jurista no escribe las “leyes”, sólo traduce la *imagen* de la “armonía viva del organismo social”. Pero, ¿cuál es “esta lengua de las imágenes” sino la que resulta de la composición retórica de “organismos vivos”, “teorías de la vida de un pueblo” y “fenómenos” naturales? Una *imaginación política* de la vida anima el crecimiento de una *forma* de civilización ahí donde civilización se alinea con los conceptos de belleza, razón y vida.

Entonces, las vidas (las vidas desnudas, diría Agamben), o los cuerpos, sólo acceden a la “vida” si son organismos que forman armonía en la “creación fuerte y organizada” (Echeverría 1970: 262), o según la metáfora alberdiana, si *componen mundo*; y como la armonía es consonancia de *fenómenos naturales*, es ejercicio de la naturaleza desarmonizar con el indio, negarle mundo (“inmunda ralea”), pues esta determina, en su necesidad inmanente, las condiciones de evolución e inteligencia del mismo: “quien piensa que al mundo sumido en lo inmundo” *el genio de las tinieblas* le permitirá sobrevivir. De ahí que en *La cautiva* el paisaje semeje un escenario vacío (Rodríguez 2006) donde habitan solo salvajes y bestias o los “inmundos despojos de la muerte” (Echeverría 2004).

¿El poema de Echeverría actúa como discurso que *piensa las condiciones que le permitirán a lo vivo tener una historia*? Los conceptos “aliento o fuerza vital”,

“animado” e “inanimado”, “inerte” y “orgánico” traman un complejo sémico que, actualizado en el material lírico, supone la solución, en la imagen de una mártir de la muerte que habita el desierto, de la *desorganización* de un cuerpo político amenazado por la “descomposición, el fango inevitable” (Sarmiento, *Viajes*) o la “violencia ilegítima” (Hegel) de los bárbaros. Esta operación literaria, pues, revela la configuración de un programa político-económico que no desatiende los supuestos de la biología moderna en torno al concepto del “organismo” ni desestima las investigaciones científicas sobre la existencia de un origen o *germen de la vida*. Quizás esta sea su traducción: en *La cautiva*, el espacio “do la muerte / disputa un resto de vida” disminuye las fuerzas vitales de Brián y María; la “orgánica vida” de María está “adormida”, “pero la vida de su alma / fomenta en sí aquella calma que sigue a la tempestad”; en cambio, los “espíritus vitales” de Brian pronto abandonarán su cuerpo: “Súbito allí desmayaron / los espíritus vitales / de Brián a tanto sufrir; / y en los brazos de María / que inmoble permanecía, / cayó muerto al parecer” (Echeverría 2004: 57).

Los fundamentos vitales

Si la vida misma no existía antes del siglo XIX, ¿de qué torbellino de metáforas devenimos los hombres? Los límites entre lo vivo y lo muerto son móviles, semejan las teorías del mundo natural de Plinio a Cuvier. No hay una categoría de la ciencia que permanezca sólida y eterna. En general, son las historias de la ciencia las que dibujan la travesía de los cuerpos entre la vida y la muerte. Es la historia como configuradora de discursos la que mueve los escenarios de la escritura: la inscripción de íconos en un plano, la sintaxis de las formas (políticas, lingüísticas, estéticas, fisonómicas) que subyace a la *ratio* occidental. Será tarea del letrado iluminista, entonces, vivificar lo muerto, mover esos hilos, *figurar* esas ciencias en el espacio de un poema. Insisto, si la divulgación científica tiende a la pantalla de las grandes categorías “objetivas”, en la profundidad de las *escrituras de la ciencia* las aporías del mundo no se ordenan sin un acopio de las metáforas y otros ensamblajes figurativos. Y si las imágenes literarias, pinturas verbales, ensamblan la memoria de los hombres según un hilo *figural* (Auerbach), en *La cautiva* de Esteban Echeverría el cuerpo de la “muerte bella” de María, el peregrinaje de los mártires amantes, o el ombú inscripto en un mapa como señal de humedad y de vida, constelan un discurso de la historia saturado de ecuaciones y metáforas formativas del cuerpo vivo de la patria. Todo germen de vida, a fin de cuentas, comienza con un hueso cristiano instalado en la médula de la muerte.

Durante el siglo XVII, señala Foucault (2002), los seres de la naturaleza encontraban lugar en la *historia* taxonómica de sus diversos caracteres, pero en el siglo XVIII Cuvier “liberó la subordinación de los caracteres de su función taxonómica, para hacerla entrar, más acá de toda clasificación eventual, en los diversos planes de *organización de los seres vivos*” (2002: 258). Así la biología marcó sus relaciones con la economía de los pueblos-cuerpos y espacios del mundo: los cuerpos pueden oscilar entre lo vivo y lo muerto según las condiciones externas que permitan mantener la vida o preparar la muerte de los órganos vitales: “una cierta fuerza que deba de mantener la vida y una cierta amenaza [condiciones de vida] que la condena a muerte” (Foucault 2002: 269).

Los cuerpos de los territorios donde no crece nada solo pueden morir. De tal suerte están marcadas sus relaciones con el medio en el que viven que esos cuerpos vivos, meras “vidas desnudas”, lindan con lo mineral y la ausencia de vida. Entonces, ¿lo vivo está determinado por las posibilidades de vida que existen en un espacio? ¿La muerte contiene a lo vivo como *condición externa de existencia* y de ello resulta una

clasificación económica-política *ornada*/figurada por un relato de lo natural? Entonces, ¿lo vivo *no vive sino muere* en un “lodazal inmundo” de la muerte? ¿Hay pueblos o lenguas o cuerpos condenados a la “descomposición, a la nada, a la barbarie, al fango inevitable”? (Sarmiento, *Viajes*). Quizás trabaje sobre los hombres del siglo XIX la memoria de Cuvier: la ciencia natural no trata “*ya de las posibilidades del ser, sino de las condiciones de vida*” (Foucault 2002: 269, las cursivas son mías).

Si bien la ambigüedad semántica de la palabra “inmundo” podría desplegar diferentes lecturas, en *La cautiva* de Echeverría –en esa operación de *producción de memoria* respecto a un *desierto sin mundo* mediante repeticiones metafóricas de un *acontecimiento* legendario que tiene carácter de fundamento patriótico– los versos “no existe el mundo para ellos” (en relación a María y Brián) dibujan en filigrana el destino de los indios. Así, el poema ensambla figuras que solucionan desarmonías raciales y estéticas de la historia biológica de una nación, o como diría Alberdi, la historia de la “fuerza de las cosas”. Si hay gérmenes de espiritualización o de generación, es decir, de vida, de cristiandad, de razón, de civilización, el mundo no puede sino solucionarse en orden y armonía por la fuerza de la *imaginación formativa*: “Así pues, el romanticismo, fiel al principio inconcluso de que la forma es el organismo de la poesía, deja al ingenio obrar con libertad en la esfera del mundo que ha de animar con su *fiat*” (Echeverría 1981: 468).

La “patria” vive, evoluciona y muere como un organismo que crece y se anima merced a la “fuerza vital” o el impulso formativo que desarrollan las formas hacia la perfección de una figura. Se trata del poema como *fundamento natural* de la vida nacional de un país, o de la *teoría de la vida* de un pueblo: el poema con la “fuerza vital” para germinar hacia las formas armónicas de un organismo social, sin contaminaciones de lo muerto, lo inmundo, lo inerte: el espacio improductivo de las materias “inanimadas”. De tal suerte que, si por un lado la razón iluminista desmantela un sistema de mitos, otros mitos, o, me animaría a corregir, imágenes naturales de la *ratio* universal, narran la evolución de la historia: hay un orden racional inmanente en la naturaleza que hace de una tierra de “salvajes” una tierra europea de “patriotas” a partir de la operación del copiado de las leyes naturales del “desierto” vacío: es la misma ley racional-natural que despoja al “salvaje” de vida, lo desecha, lo vuelve un resto “inmundo” de la historia (Certeau 1975). En *La cautiva*, el inmundo lugar de los “inmundos despojos de la muerte” deviene naturalmente “asilo glorioso” del cuerpo cristiano de María y de Brián en la evolución armónica de la forma del poema. Porque *la forma es el organismo de la poesía que ha de animar al mundo con su fiat* (Echeverría 1981: 256). El poema (es decir, el soplo vital del poeta) *anima* al desierto con “*la viva palabra que labra un monumento*” (Echeverría 2004: 87); o la tumba de una muerte “bella” y cristiana que inaugura una cruzada literaria, quiero decir, económica y política, en defensa de la conquista de la representación del espacio: el “desierto” que despojará de muerte insepulta los *pajonales* de la patria. Es la “naturaleza” operación del poema; el poema, operación moral de la naturaleza; y el ilustrado, un copista de leyes naturales.

¿Define este complejo sémico en torno a la fuerza vital, el *nisus formativus* o impulso formativo alemán, las operaciones político-literarias de la Generación del 37? ¿Moldea sus escrituras programáticas un ansia de armonía de formas que divide las aguas de lo vivo y lo muerto, quiero decir, las posibilidades de estar en el mundo según los impulsos formativos de organización, evolución e inteligencia que cada cuerpo lleve dentro? ¿La “inmunda ralea”, los “inmundos despojos de la muerte” en “sabática fiesta” no desplazan hacia el espacio de los muertos callados (Certeau 1975) la posibilidad de *otra organización racional del sujeto*? Me interesa indagar: si esos cuerpos salvajes

entran como “muertos” al discurso poético, ¿qué operaciones político-estatales se desprenden de una poética? ¿O de una preceptiva de la época?

En este sentido, sospecho que los *fundamentos vitales* alimentan una simbólica del poder estatal: la posibilidad de una trama que develara la armonía del país no estaba lejos de guiar las escrituras de los románticos argentinos. Hay un “hilo” que unirá los hechos, hay una sensibilidad o irritabilidad en los nervios que agota la vida, hay una “fuerza vital” que hará del desierto argentino un territorio literario de deleite moral y patrimonio de riqueza, hay una fuerza de organización que estructurará un cuerpo biológico, político y poético: hay un “fluido eléctrico” *que hace de la imagen el poder de un pueblo*:

si es cierto que el fluido eléctrico entra en la economía de la vida humana y es el mismo que llaman fluido nervioso, el cual excitado, subleva las pasiones enciende el entusiasmo, muchas disposiciones debe tener para los trabajos de la imaginación, el pueblo que habita bajo una atmósfera recargada de electricidad hasta el punto que la ropa frotada, chisporrotea como el pelo contrariado del gato. (Sarmiento 2005: 49)

Así pues, el “impulso formativo” de un poema deviene deleite moral y efectividad estética, pero también un alma activa, es decir, patriótica, hace de su fuerza un ejemplo de valor moral-político: “Errantes y proscriptos andamos como la prole de Israel en busca de la tierra prometida”, dice Echeverría en el Dogma socialista de 1837/1838 (1981: 347). La intuición de un orden político y poético que subyace en la realidad caótica señala la filiación de Echeverría con los románticos alemanes. Echeverría hace de la intuición de un orden poético y real sobredeterminado por las fuerzas de la “naturaleza animada” la legalidad de un proyecto político con rasgos de profecía, *porque las leyes no son más que la imagen imperfecta y frecuentemente desleal del derecho que vive en la armonía viva del organismo social* (Alberdi 1988: 4).

Por lo tanto, no sólo leemos en *La cautiva* una guía moral y política por las preceptivas de la época, un recorrido virtual por las configuraciones de una *gramática de estado*, sino la “estructura figural” de una historia (Auerbach 1996), el ensamblado *figural* del poema que subyace a las operaciones de Echeverría. Porque el poeta sabía que los relatos se hilan en los hombres a partir de las imágenes, una imagen y una historia, una tumba y una historia, un recuerdo legendario pero vivo en las conversaciones de la ciudad, un eco de alguna muerta cristiana en el desierto pero actualizada para siempre en la historia literaria de un estado.

Considero que el poema *La cautiva* puede ser leído como una trama donde cada metáfora o imagen no sólo preanuncia el final de la historia narrada (el agotamiento de las fuerzas, la muerte purificadora del pajonal) sino que construye a la vez una lectura de la realidad histórica mediante las mismas *figuras* metafóricas que tramaban los discursos políticos de la época: las *fuerzas vitales* de un Estado inerte, material, primitivo. En ese sentido es posible afirmar que Echeverría trabaja en su poema la estructura de un relato que es ya una leyenda y un programa profético de vivificación espiritual de un “estado embrionario” argentino (1970: 262): *soplar la vida o la civilización* por medio de un acto tan esotérico como figurativo: tan esotérico como sólo puede serlo una concepción profética a partir de las *fuerzas germinativas* del poder de la

imaginación política. Las figuras de la muerte y la barbarie preanuncian el anodamiento de las “monstruosas fábricas de la ignorancia”.

No importan los anacronismos que flotan en una lectura, los relatos que se entrecrocán en una constelación de figuras de viejas preceptivas o retóricas y los archivos acaudalados de Borges, porque la memoria trabaja por lo bajo y sutura las imagerías de la historia de una nación, obra del olvido y la violencia (Renán), o, mejor, del olvido y la memoria (Borges). De tal manera se ha configurado literariamente el territorio pampeano argentino como “desierto” que ha quedado en gran parte inhabitado; en contrapartida, es el lugar de la figura poética por excelencia, o la aporía crítica de nuestros ensayos; más que lugar poético, lugar de fisura crítica. Todo empieza por allí. Pero, ¿es que aún esa figuración de lo desértico sobredetermina nuestras operaciones críticas, literarias y políticas? ¿Será por ello que a veces se tiene la impresión de que lo abundante y lo real nacen en la ciudad de Buenos Aires, y lo demás es apenas más que literatura, un viaje por una preceptiva literaria del siglo XIX?

Finalmente, ¿qué es una flor sin agua para evolucionar sus fenómenos naturales? Un pétalo muerto. ¿Qué es un cuerpo sin el medio apto para mantener la vida? Poca cosa. Destinado a desaparecer. Porque la “vida” se resuelve en civilización, y lo vivo muerto en salvaje. De ahí que la metáfora “fuerza vital” ensamble la escritura poética de Echeverría en busca de la cuadrícula biológica: es el ánimo de espíritu lo que eleva los cuerpos hacia las categorías de poder que articulan el sintagma de “la vida”. Aún en el desierto la “fuerza vital” de María es fuerte para resistir la muerte de ese lugar, y si finalmente ella muere es porque el espacio está mezclado con la muerte, de tantos cuerpos insepultos, de tantos huesos de bestias. Sólo una cruz en el medio del paraje inerte puede comenzar el largo peregrinaje de los colonos para *vivificar la naturaleza de la muerte*, es decir el semblante de lo salvaje.

Bibliografía

Alberdi, Juan Bautista. *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837). Buenos Aires, Ciudad argentina, 1998.

_____. “Bases y puntos de partida para la organización política de la república argentina” (1952). En: *Proyecto y construcción de una nación (Argentina 1846-1880)*. Prólogo y compilación de Tulio Halperín Donghi. Caracas, Biblioteca Ayacucho Virtual.

Auerbach, Erich, *Mímesis*. México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

Certeau, Michel de. *L'écriture de l'histoire*. París, Gallimard, 1975.

Echeverría, Esteban. Antología de prosa y verso. Edición y prólogo de Osvaldo Pellettieri. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1981.

_____. *La cautiva*. Buenos Aires, Gárgola, 2004.

Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

Rodríguez, Fermín. “Un desierto de ideas”. En: *Las brújulas del extraviado*. Compilación de Alejandra Laera y Martín Kohan. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.

Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo o civilización y barbarie*. Edición a cargo de Nora Dottori y Susana Zanetti. Buenos Aires, Centro Editor de Cultura, 2005.

_____. *Viajes (selección)*. Buenos Aires, Kapelusz, 1971.